

Ubicación:

9(324-55)

Año:

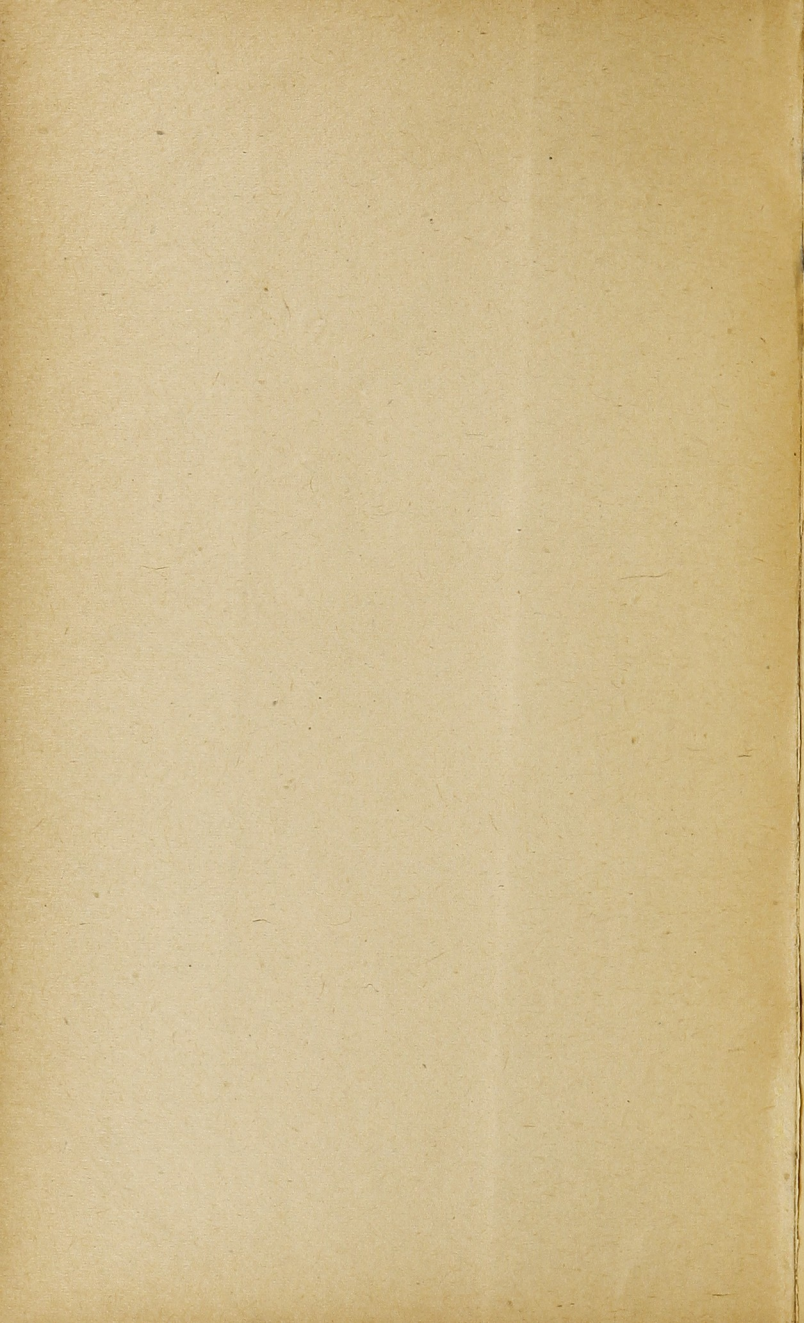
1

SYS:

1087528

1087528

9(324-55)

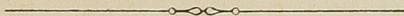


Carlos Pezoa Veliz

LAS CAMPANAS DE ORO

Selección de poesías, con un prólogo de

LEONARDO PENA



Carlos Pedro Velliz

En la Caída de las Hojas

(Páginas escritas a raíz de la muerte del poeta)

¿ Alberto Glatigny? ¿ Cyrano de Bergerac? Enjuto, huraño, el cabello rebelde, la cara tallada con rudeza, los ojos de un azul acorado, la boca contraída en un gesto de amargura burlona, las manos finas, las uñas toscas, las maneras recias, el andar sin elegancia y el ingenio mordaz, impaciente y sarcástico : tal era Pezoa. Un alma de poeta, un espíritu profundamente soñador, encerrado bajo siete llaves en el sótano de una osamenta quijotesca.

Trabajado por la fiebre afanosa de una herencia mórbida y anegado en el claro-oscuro de su humorismo fuerte y caprichoso, Pezoa Véliz se destaca, por encima del techo uniforme de los poetas americanos, como un agudo campanario, con una violencia extraña y dolorosa que desconcierta, que da el vértigo. Es una poesía la suya que hace pensar en esas virutas olientes a brea con que los armadores chamuscan el casco de los navíos. (A la lumbre de esa poesía histérica se chamusca el enorme casco de la vida). Y es que lo que constituye la originalidad

de Pezoa Véliz es la franqueza cruel y casi brutal de los sentimientos e ideas que expresa : franqueza que lo hace girar bajo la loca ardencia de un determinismo espasmódico, empujándolo incesantemente hacia el estremecimiento de la vida nerviosa. Así, pues, a pesar de su necesidad de saborear la existencia, de abismarse en ella y de revestir todas sus formas, para durar como ella y como ella gravitar, en una metamórfosis eterna, bajo la muda inmensidad de los cielos, su lira es una lira que grita, pero no una lira que canta. Hay estrofas suyas que son amargas y duras como esos toneles náufragos que ruedan largo tiempo por encima de las olas y que es menester abrir a hachazos ;tan gruesa y ruda es la costra que han formado en torno suyo las algas, las conchas y las madréporas del mar! Y si la curiosidad nos empuja a asomarnos por las escotillas fulgurantes y sombrías de sus versos, inmediatamente una espuma salobre nos salpica el rostro, proporcionándonos el extraño placer, el voluptuoso malestar de una lucha entre nuestro espíritu que se extasía, embriagado y nuestra sensibilidad despierta que sufre. Y es que allí el alma del poeta aparece iluminada por dos claridades : la que viene desde abajo, de la vida, de la angustia y del dolor, y la que viene desde arriba, de lo que la existencia humana tiene de más delicado : el ideal.

Considerado bajo tres puntos de vista : la opulencia imaginativa, la fuerza de la penetración y la riqueza del sentimiento, Pezoa Véliz es, a pesar de sus caídas bruscas, de su tono desigual, de sus giros caprichosos y de la rudeza de su ritmo, el más genuinamente

chileno de nuestros poetas, el que está más cerca del alma nacional. Un poeta de multitud; pero no necesariamente para ella, porque si bien es ella quien lo ha engendrado y amantado, revelándolo a su propia abundancia, él alcanzará pronto esos altos minutos de la sensibilidad que la multitud es incapaz de alcanzar. Manejado, pues, por las circunstancias de su existencia, Pezoa Véliz se presenta como la revelación del alma popular, porque habiendo nacido como el pueblo nace, de un origen incierto; sufrido las privaciones que el pueblo sufre; caído prematuramente en la orfandad; conocido la temprana necesidad de buscarse un oficio y dotado de la malicia viva del *huaso* y del ingenio audaz y sarcástico del *roto*, nadie ha podido interpretar mejor que él, a ese hijo prudente y a ese hijo pródigo de nuestra raza — como los llama con tanto acierto Ernesto Montenegro — viendo, a través de lo pintoresco, el fondo trágico y la angustia semi-inconsciente que la herencia araucana ha depositado en ellos. Y para ser su intérprete, el poeta — extrañamente otro que los demás poetas — no tuvo más trabajo que abandonarse al poderoso instinto de su naturaleza, que haciéndole comprender, con una comprensión amplia y serena, el corazón de los humildes, orientó su genio, desde un romanticismo pasional y erótico, hacia un realismo de una intensidad emocional jamás superada en América y que le hizo alcanzar proporciones familiarmente épicas. Prueba de ello son sus últimos poemas, *Alma Chilena*, entre otros, en los que se adivina la vía ancha y recta por donde la raza iba a salir de su mudez centenaria, para cantar con voz inconfundible — voz olorosa a toronjil y yer-

babuena — el nacimiento de su profunda conciencia artística.

Yo tengo, sin embargo, un reproche que hacerle al angustioso poeta : que él, como Baudelaire, con el cual tiene tantos puntos de semejanza, no ha cantado el amor, desdeñando el rico tumulto de la pasión roja y profunda... Aunque tal vez ha sido mejor así, porque de haberlo hecho ¿quién puede asegurarnos que la estridencia de su canto, no nos habría herido en lo más profunda de nuestro sér?

*
* *

Desde niño, cogido por el espectáculo de la naturaleza chilena, que sus ojos veían nueva, erizada y magnífica y a la que logró infundirle más tarde una personalidad poderosa, Pezoa Véliz se echó a correr la sana orgía de los campos. Marchas laguísimas sobre et musgo húmedo, por entre altas yerbas que se doblan con ruido seco; alboradas luminosas; siestas ardientes; horas tostadas de sol, que le dan a la sangre precoz madurez y a la tierra fecundas entrañas; aires helados; bosques dormidos; colinas fuertemente dibujadas sobre el azul profundo del cielo. Y alegres zabullidas en el agua correntosa de los ríos y alegres escursiones hacia el fondo de las viñas henchidas con el jugo noeneano. ¡Qué hermosos sueños forjados bajo los árboles, con la ebriedad en el alma : ebriedad de agua, de sol, de hierba, de azul; ebriedad de cosas nunca vistas, de cosas jamás poseídas! (En esa bella hora de la infancia, tanto el espíritu como los pies han calzado las botas de siete leguas.) Hay para rato con los viajes de este vagabundo poeta a lo largo de las costas de

Chile. Y a donde quiera que fuese su recompensa era amplia, porque jamás ningún dolor ni ninguna miseria dejó de arrancarle su grito. Y fué cuando empezaba para él la vida reposada y fecunda y cuando iba a conocer la más bella forma de la acción : la acción sobre las almas, que se desencadenó la tragedia de su destino. Primero, el terremoto de 1906, en donde fué aplastado por una muralla, que destrozándole los dientes y las piernas, le arrebató toda esperanza de ser el dandy, el Lord Spleen conque tanto él soñara ser; y luego, cuando ya convalesciente abandonaba el lecho, apoyado en muletas, el terrible mal : la tisis a los intestinos, hizo su aparición... Fueron seis, ocho, diez meses y cinco días de un continuo sufrir. ¡Ah! ¡Cómo aquel corazón no estalló con semejante peso!

La primera vez que lo ví en su lecho de enfermo, tenía todo el hermoso aspecto de un santo : grandes aureolas circundaban sus párpados pesados, aumentando la intensidad religiosa de sus pupilas, y su frente parecía henchida con el hervor taciturno de las ideas. Imposible me sería definir el sentimiento que experimenté en su presencia. Fué piedad, una piedad profunda; fué también la inquietud y el instinto de un secreto y fué cariño, un cariño verdadero y adolorido hacia ese sér cuyos movimientos tenían para mí algo de alucinación, de evocación de lo desconocido. ¡Yo sabía que su mal era incurable!...Y mientras sus grandes ojos miraban intensamente el pedazo de cielo azul que se entreveía por las puertas abiertas, yo pensaba con angustia en el cementerio, que se encontraba a la vuelta de la esquina, e inconscientemente me acometía la preocupación de lo que habría que hacer

de allí a poco: cerrarle los ojos y extenderle el sudario que le marcaría lúgubrementé las rodillas y los dedos de los pies. Y mi corazón temblaba en la sombra...

En las largas veladas que pasé junto a su lecho, descubrí en él un personaje nuevo, totalmente diferente del Pezoa que yo conocía. Era un grande y abnegado corazón, todo lleno de nobles amistades. Y ¡cómo cantaba el cántico de la confianza, hablando constantemente de sus bellos proyectos para el porvenir! ¡Ah! No; ocurriese lo que ocurriera, era menester ocultarle la verdad para llevar a su corazón un poco de alegría, un presagio de resurrección, de porvenir feliz pasado entre cuidados tiernos y lentos paseos bajo el sol; era menester acudir a la mentira piadosa, a la mentira aguda y mortificante que nos hacía sufrir de un modo intolerable. La muerte lo desconcertaba, llenándolo de un terror imprevisto. El no quería morir sin haber dado antes una forma al mundo que voltejaba en su cerebro y, sobre todo, sin haber vivido la vida, puesto que no podía decirse que había vivido esos escasos años (habiendo nacido el 21 de julio de 1879 y habiendo muerto de abril de 1908, no había cumplido aún su sexto lustro), esos escasos años vagamente vegetados en el deslumbramiento de un resplandor furioso.

Sus últimos días fueron emocionantes. En la comisura de los labios, pálidos y afiebrados, se marcaban profundamente, como abiertos a cuchillo, tres o cuatro pequeños pliegues, y los ojos habían perdido su expresión dulce y animada de otros tiempos, para tomar un brillo duro y triste. Leíase en su fisonomía no sé qué sello de fatiga, de cansancio, de inquietud, de sordo e inacabable sufrir. No

hacia ningún movimiento, pero sus ojos miraban tan desoladamente que parecían querer aferrarse a los seres y a las cosas. Un día, dijo :

— ¡Se me figura que Uds, son tan felices porque pueden contemplar el sol! Yo no lo veré más : el modo con que Uds, me hablan y me miran, me lo dice bien claro.

Mi tristeza, a la que se mezclaba una conmiseración infinita, se agravaba, se condensaba más y más a medida que el tiempo transcurría y que « aquello » se acercaba para el poeta, faltándome, a veces, hasta las fuerzas para pensar en el fenómeno de la muerte...

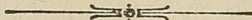
La última vez que lo ví, el día antes de morir, extendió su hermosa, su descarnada mano y cogiéndome de la solapa, me acercó hacia él con tan angustioso ademán, que no pude dejar de sentir un horrible escalofrío en todo el cuerpo. Y hubiera dado cualquier cosa porque él hubiese adivinado mis sentimientos, porque él hubiese adivinado la inmensa ternura que refluía imperiosamente de mi sér, hacia sus grandes ojos anegados ya por la bruma eterna. Y al ver solitarios los contornos de su lecho, pensé en la inesperada nobleza, en la indecible majestad y en el hondo consuelo que habrían tenido para el poeta aquellas últimas horas, si junto a su agonía se hubiese encontrado la leve, la vaporosa, la delicada silueta de una mujer...

*
**

Se fué con las hojas, en un atardecer de otoño... Era un centinela de la naturaleza

dominada; un centinela relevado a media noche, en la oscuridad más espantosa, de modo que se fué sin saber por quién había sido relevado... Y esto, que era horrible para él, era aun más horrible para nosotros.

LEONARDO PENA.



I

La Edad...

Cosa pasada

De los pasados barullos
¿recuerdas, mi buena esclava,
los tiempos de amor y arrullos
cuando mis labios mojaba
en la sangre de los tuyos?

¡Largas noches en tu pieza!
Noches de lluvia y de barro...
¡Cuántos de lluvia y de barro...
tornó amargos la tristeza
que salía del cigarro!

Recuerdo todo : la tos
y aquellos tiempos de crisis,
cuando en el nombre de Dios
la melancólica tisis
se interpuso entre los dos.

Todo. El bullicio grosero
del baile, el salón cercano,
y aquel valse lastimero
que sollozaba en el piano...

La pieza en que me ofrecías
caricias, lectura y bock,
y en la que siempre tenías
un tomo de poesías
y un libro de Paul de Kock.

Y aquella obra chocarrera
que no pasó del preámbulo,
cuyo largo título era :
« Amores de una ramera
con un poeta noctámbulo ».

Tú, soñabas con alhajas...
Yo, soñaba con Ofelias...
mientras tendido en la caja
te leía en voz muy baja
« La Dama de las Camelias ».

Y besaba en mis empeños
tu carnes de rosa-té,
carnes de tintes sedeños,
más pálidas que los sueños
de Margarita Gautier.

¿Y te veré? Mudo, tierno,
iré un día a ese país...
¿Cuándo será el viaje eterno?
Tal vez en tiempo de invierno
y en un día triste y gris...

Y habrá con mi triste esclava
noches de amor y de arrullos
y mojaré, cual mojava,
mis labios de ardiente lava
en la sangre de los suyos.

Reiré

Reiré mientras impulses
mi barca que ya se pierde,
niña de ojos agridulces
como granos de uva verde.

Y reiré mientras coja
en el amor mi poesía,
niña de boca más roja
que un corazón de sandía.

Reiré mientras me enardezca
tu boca que besa y muerde,
niña tentadora y fresca
con sabor a fruta verde.

Mientras puedan mis agravios
probar en dulces antojos,
las dulzuras de tus labios,
las dulzuras de tus ojos.

A la criada

Criadita alegre, vé,
a dejar el café frío;
bebí mi sorbo de hastío
y no quiero ese café.

Ni té. Quiero de ese que
hierve en tu genio bravío,
donde el sabor del hastío
se mezcla al sabor del té.

Así el espíritu mío
tendrá su ensueño zahareño,
color de ensueño, y ensueño
con torvas brumas de hastío.

Y así no verás ya que,
hastiado, sombrío y torvo,
paladée sorbo a sorbo
el sabor de ese café.

A EVA

Alba de amor, alba nueva,
sorbo de vino francés,
en cuyo agridulce nieva
su frío el esplin inglés.

Tu pubertad se subleva
y no obstante indúctil es:
si mi amor pide una prueba
respondes: después, después...

Flor que reclama el estambre,
por tí se olvidó de su hambre
un bardo sentimental.

Y en una tarde de invierno
te hizo un dístico moderno
en su laúd de cristal.

CARLOS PEZOA VÉLIZ.

Sgo. de Chile.

stral de mi sangre me dictan
necesaria consecuencia de todo
de meditación. Nueve años que
z, sugestionada por criminales
fué arrollada por la oprobiosa
Panamá.

onces un infante galoneado de
ronel, y desempeñaba un cargo,
a guerra, en la Comandancia del
to. Sin preparación escolar, sin
res de casa paterna y descono-
ralmente—los deberes del ciu-
el patriota, no pude medir la
a de la conducta que en este
adurado mi razón y que hoy, a
rebral, analizo y comprendo en
or.

ta pública donde voy en espí-
debo declarar que he cometido
errores, en cuyo vértigo ha vaci-
ntad, y he ido rodando, rodan-
e a solas con mi corazón, lejos
sugestiones, he decidido llenar
e esperanza y de confesión, di-

Párvulo inconsciente, pues, fig-
parsa en la pantomima, siendo c
tre los sargentones venales que t
mal inglés un pedazo de la Patria,
zo figurar en las listas de soborna-
cadas por la prensa colombiana; pe
dignidad no llegó nunca a recibir
Reto a quienes corresponda para
fiesten si mi enorme pecado juvenil
en el mercado yanqui.

Formado el Triunvirato y separa-
partamento de Panamá de la vida
de Colombia, estuve preso en casa
tonces alcalde, quien me hizo firm
papeleta de adhesión al nuevo orde
sas. Mis compañeros dignos del Eje
lombiano fueron desterrados, y cu
remordimiento comenzó a morder
me parecía ya tarde ir a Colombia;
ayuda pecuniaria de un amigo salí
ta Rica poco después del 3 de Novie
1903. En ese país fuí corrector de la
ta Nacional primero y poco antes d
greso a Panamá formé parte de la n

El pintor Pereza

Este es un artista de paleta añeja
que usa una cachimba de color coñac
y habita una boharda de ventana vieja
donde un reloj viejo masculla : tic tac...

Tendido a la larga sobre un mueble inválido,
un bostezo larga, y otro, y otro : tres!
¡Diablo de muchacho, pobre diablo escuálido,
con modorras de viejo burgués!

Cerca de él, cigarros fingen los pinceles
sobre la paleta de extraño color :
sus últimos toques fueron dos claveles
para un cuadro sobre cuestiones de amor.

Cerca, un lápiz negro de familia Faber,
enristra la punta como un alfiler;
hay tufo a sudores y olor a cadáver,
hay tufo a modorras y olor a mujer.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma
en una cachimba de color coñac,
y mira unos cuadros repletos de bruma
sobre un hecho que hubo cerca del Rimac.

El pintor no lee. La lectura agobia,
y anteojos de bruma pone en la nariz;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia
y todas las cosas con máscara gris.

Su mal es el mismo de los vagabundos :
fatiga, neurosis, anemia moral,
sensaciones raras, sueños errabundos
que vagan en busca de un vago ideal.

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia.
¡Qué ha de pintar, si halla todo sin color!
Tiene hipocondría, tiene neurastenia,
y hace un gesto de asco si oye hablar de
[amor.

Mira un cuadro antiguo sin pensar en nada;
mira el techo, el humo, las flores, el mar,
una barca inglesa, que há tiempo está anclada
y unas acuarelas a medio empezar.

De un escritorrillo sobre la cubierta
un ramo de rosas chorrea placer,
y una obra moderna, rasgada y abierta,
muestra sus encantos como una mujer.

El pintor no lee. La lectura agobia :
Juan Valjean es bruto, necio Tartarín;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia
y muere en silencio, de tedio, de esplín.

Sudores espesos empapan los oros
que el lacio cabello recoge del sol,
y se abren al beso del aire los poros
del rostro manchado con tintas de alcohol.

Y mientras el meollo puebla un chiste rancio,
que dicho con gracia fuera original,
una flor de moda muere de cansancio
sobre la solapa donde está el ojal.

Hay planchas que esperan el baño potásico;
un cuadro de otoño y una mancha gris,
una oleografía de un poeta clásico
con gestos de piedra y ojuelos de miss.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma
en una cachimba de color coñac,
y enfermo incurable de una larga bruma,
oye a un reloj viejo que dice : tic tac...

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia,
¡Qué a de pintar, si halla todo color gris!
Tiene hipocondría, tiene neurastenia
y anteojos de bruma sobre la nariz.

Así pasa el tiempo. Solo, solo el cuarto...
Solo Juan Pereza, sin hablar. ¿De qué ?
Flojo y aburrido como un gran lagarto,
muerta la esperanza, difunta la fe.

La madre está lejos. A morir empieza
allá donde el padre sirve un puesto ad-hoc;
no le escribe nunca porque la pereza
le esconde la pluma, la tinta y el block.

Hace ya diez años que en el tren nocturno
y en un vagón de última dejó la ciudad;
iba un desertado recluta de turno
y una moza flaca de marchita edad.

Un gringo de gorra, pensaba, pensaba...
Luego un cigarrillo... Y otro. ¿Fuma Ud?
Luego un frasco cuyo líquido apuraba
para tanta pena, para tanta sed.

¡Tanta pena, tanta! Su llanto salobre
secaba una vieja de andrajoso ajuar;
iba un mercachifle y un ratero pobre
y una lamparilla que hacía llorar.

La vida... Sus penas... ¡Chocheces de antaño!
Se sufre, se sufre... ¿Por qué? ¡Porque sí!
Se sufre, se sufre... Y así pasa un año
y otro año... ¡Qué diablo! La vida es así...



II

Las vertientes...

Geórgica

Dios atenderá mi ruego...
Yo sólo pido alegría,
un rancho en la lejanía,
allá un buey, acá un borrego.
Seré bueno : hecho un labriego,

habrá en mi hogar niños, niñas;
fecundas serán mis viñas
y armoniosas las canciones
que hagan llorar los gorriones
en medio de mis campiñas.

Y sobre esta dicha, sobre
esto que exista, si existe,
un consuelo para el triste
y un pan fresco para el pobre.

Égloga

Amo lo que me asombra y no me asombra :
la luz preclara, la nocturna sombra;

El cantar de una boca
cuando la frente de la amada toca,
y el rumoreo de hojas y de seda
que en pos del paso de una joven queda.

Amo el golpe del hacha en la montaña;
y el canto de la esposa en la cabaña;
amo el chisporroteo de la leña
en el hogar donde el labriego sueña
con ver una explosión de espigas rubias
en pos de las tristezas y las lluvias;

Las tardas oraciones
que elevan los lejanos esquilonos
desde el alero
en que piensa el sombrío campanero.

Amo la melancólica elegía
de la hojarasca en la alameda humbría.

Amo la tarde,
la mustia estrella,
la rima que arde
y la plácida luz que cae de ella.

Amo lo que florece, lo que anida
en el inmenso campo de la vida;
amo lo que Dios pone en un murmullo :
yo lo amo porque es bello, porque es suyo.

Fecundidad

A Guillermo Labarca H.

El porte grave, el porte de esta robusta vaca de cuernos recortados. El aire distinguido de ésta que es corniabierta y ésta que es retaca, manchan el pasto alegre donde rumia el marido. Sopla un aire robusto... ¡Salud, señor paisaje! ¡Es Ud. tan potente! ¡Y es Ud. tan salvaje!

El toro de ancha testa contempla en la pradera la encantadora carne de la esquiva ternera que hace saltar la brizna, buscando, hocico al aire, no sé qué encanto nuevo que ha soñado... El desgaire de los gallos erguidos, de los pollos de estacas que hacen rueda a las pollas de floreados pompones, entre el aire serrote de los toros y vacas y el chirrido tedioso de cien mil moscardones.

Las moscas acrobáticas se buscan. Y los pavos empiezan ademanes de lujuria en los rabos abiertos a la inmensa gloria de un sol lascivo, que torna oscuro el gesto y el ensueño agresivo... Los peones cuchichean en los ranchos agrestes; las hembras escrudiñan los espacios celestes, como soñando un hombre superior, un mancebo de formas endiabladas, un macho ardiente, un nuevo peón que viniera a brincos por las viviendas de ellas, violando a las esposas antes que a las doncellas...

Por el abierto campo la manadas tranquilas
alargan los lamentos de las tardas esquilas,
mientras un venerable carnero de agria testa,
salta por sobre aquella borrega o por sobre ésta.
Más allá un potro bayo de musculosos pechos
baja a brincos los quiebros de los bruscos
[repechos,
mueve la cola, mueve las orejas nerviosas,
salta, piafa, relincha; las patas temblorosas
se levantan, se doblan... el sol cae en el anca
y hay relampaguilleos de oro. Esbelta potranca
viene dando corcobos... Ansía que la violen...
Sopla un viento de fuego que arrastra polen ¡ polen!

Oiga Ud. buena moza que las vacas ordeña;
más blanca que la leche de las vacas, la sueña
mi juventud. Sus pechos deben ser aún más blan-
[cos...]

(El pastor le echa el ojo por los mórbidos flancos)...
Oiga Ud. buena moza. Mire el sol : una brasa...
¿Ve Ud. a la potranca? ¡Pues, ella se solaza!
¿Y nosotros? ¡La sangre se me enciende, pastora!

Dame un beso. ¡Otro beso de tus labios! Ahora
mira cómo en los campos la carne de las frutas
tiritita; cómo corren oleadas disolutas.
Mira cómo la vida revienta. Mira cómo
el viento ama a las tierras y les araña el lomo...

La pastora se calla. El pastor tiembla y mira;
luego se va acercando. La pastora suspira...

En la poda

Cantando va el alegre carretero
frente a sus bueyes mustios y cansados :
en su carreta lleva el limonero
que me daba, en las tardes de Febrero,
la sombra de sus ganchos inclinados.

¡Qué alegre vas, buen hombre! — dije al guía,
y al seguir canturreando por la vía,
me respondió : — ¡Como anda siempre el pobre!
¡Aquí es donde se compra la alegría
ganando el pan que a muchos tal vez sobre!

Y no encuentro el dosel de mis amores
en los sitios del bosque, despoblados.
¡Y tú llevas los verdes cobertores
en que mi amada y yo, ebrios de olores,
hablábamos de amor, entrelazados!

¡Oh rústico feliz! Sigue el camino
conduciendo tu carro a la leñera;
esos nervios del bosque donde el trino
más de una vez a desgranarse vino,
llevan mi sueño a la chispeante hoguera...

Tú, del hombre feliz, la imagen eres;
tú, cuya fuerza a la labranza uncida,
te hace vivir sin penas ni placeres,
arrastrando la carga de la vida
entre los cantos de tu amor a Ceres.

Tú, no vienes al bosque a hablar de amores
con la alegre y coqueta Poesía,
ni te amargan los besos seductores
de esa florista que nos da sus flores
escondiendo el puñal de la ironía!

¡Canta! ¡Canta feliz, buen carretero,
frente a tus bueyes mustios y cansados!
¡Llevas en tu carreta el limonero
que nos daba, en las tardes de Febrero,
la sombra de sus ganchos inclinados!

Los pájaros

A Tinita Lillo.

Los pájaros infelices
lloran ya a la primavera;
mas, allá, en otros países,
la Primavera ya espera.

¡Vamos ya, que es el Otoño!
(Era el buen Dios quien hablaba...)
Que ya se hiela el retoño
donde el nido tiritaba.

Que allí, en el pique rotundo,
bosques y árboles ausculta
un cazador vagabundo
con el arma al brazo, oculta...

Y hay un jilguero sombrío
que llora en frases ambiguas;
sus canciones son antiguas;
están ya enfermas de frío.

Y hasta el zorzal, ese bardo,
no improvisa en los zarzales
cabe los mustios terrales
del añoso San Bernardo.

Mas, un tril de ala elástica,
hace aún sordos gracejos
o alguna estrofa sarcástica
sobre el amor de los viejos.

Y hay tencas que cantan lelas
a un árbol que el tiempo muerde,
como agrestes muchachuelas
en torno de un viejo verde.

Y otras cantan en la paja
de algún rancho campesino :
¡Labrador! Sal al camino,
coje el arado, trabaja.

Según dice en idioma alto
un vientecín bullanguero,
la golondrina es contralto
y barítono el jilguero.

Y es así, pues no halla escollo
el canto en aquellos lares
donde ha aprendido el arroyo
murmurios crepusculares...

¡Déjalos cantar, Dios mío!
Oye esa canción que efluvia :
es una canción de lluvia,
porque en ella hay niebla, frío...

Deja al tordo, a quien agobia
viejo amor, si el pobre cuenta
que su novia turbulenta
porque se fué, ya no es novia...

Déjalos que hagan derroche
de su alma, junto al estambre,
mientras no venga la noche,
el cuervo, el galgo o el hambre.

Yo sé bien que en los aleros,
por las tardes del estío,
suelen turbar los jilgueros
las tristezas del bohío.

Y que en su charla argentina
verter suele el canto sobre
la tosca mesa de encina
donde su pan come el pobre.

O alegrar con resonante
canto de agreste belleza
la reflexiva tristeza
del tardío caminante.

Y que dan al buen labriego
que se agosta en la labranza,
un sueño para el sociego;
para el sueño, una esperanza...

El tren

¿Dónde van los campos grises
en monótona carrera?
Van a lejanos países
donde el hombre los espera.

A la orilla de un estero
donde hay sauces angustiados,
canta alegre el carretero
frente a sus bueyes cansados.

Y escucha una inmóvil tagua,
sobre una angulosa grieta,
las cosas que dice el agua
en su eterna cancioneta...

Los cuadros que se reemplazan
en desfile vagabundo,
todos pasan, todos pasan,
como las cosas del mundo...

Y van en hondo letargo
tras el eco que responde,
siguiendo un camino largo,
sin saber a dónde, a dónde...

Vése una alegre potranca
que piensa algo muy impuro
y una yegua cariblanca
que relincha a un potro oscuro.

Y allá entre desnudos liques,
torres de aldeas lejanas,
donde sueñan con repiques
las taciturnas campanas.

Y en un paso que se encorva,
bajo bosques de retamo,
un peón de mirada torva
que guía el coche del amo...

Alamos de troncos yermos
que alzan el busto hacia arriba,
como siluetas de enfermos
en actitud pensativa.

Y las bodegas viñeras
llenas con fondos de cobre,
donde hay muchas borracheras
para las penas del pobre.

¿Dónde van los campos grises
del alado viento en pos?
Van a lejanos países
tras del hombre y tras de Dios.

II

¿Dónde van los cerros grises
en monótona carrera?
Van a lejanos países
donde el viento los espera.

Fijos en toско edificio,
hace mucho que emprendieron
un largo viaje ficticio
que tántos hombres hicieron...

Y ahí están al viento, cuyo
furor habla de vestiglos,
vaciando su inmenso orgullo
en las barbas de los siglos.

O alzando en su misticismo,
laceradas por la yedra,
hasta el rostro de Dios mismo
sus grandes manos de piedra.

¡Oh, esos frailes corpulentos
que hincados en tosca alfombra,
oyen rezar a los vientos
oraciones a la sombra!

Ellos han visto, sin mengua,
les rabias de los volcanes,
y han entendido la lengua
en que hablan los huracanes.

Y han visto ya al rayo ciego
bajar del monte al testuz
y dar azotes de fuego
como látigos de luz.

III

¿Dónde van los cerros grises
en monótona carrera?
Van a lejanos países
donde el hombre los espera.

Porque él los domó : altanero
señor de corvo y de hazañas,
tomó el traje de minero
y le vació las entrañas.

Y hoy que poco a poco cejan,
muestran entreabiertas fosas
y túneles que semejan
puñaladas horrosas.

Que acaso horadaron quienes
hoy son los mismos aldeanos
que dicen de algunos trenes
que pasan como gusanos...

Por ahí, un nombre incoloro
sobre un pique de renombre
muestra que una audacia de hombre
tuvo amores con el oro.

Y que ahí el oro y la audacia,
que abundan en desengaños,
se buscaron; por desgracia
no se hallaron en cien años...

Ahí los humos fugaces
de oxidadas chimeneas,
trazan sombras, rumian frases
llenas de blancas ideas.

Y ahí entre las agrias rocas
las minas que alberga el suelo,
abren inauditas bocas
como pidiendo algo al cielo.

Teodorinda

Tiene quince años ya Teodorinda,
la hija de Lucas el capataz;
el señorito la halla muy linda;
tez de durazno, boca de guinda...
¡Deja que crezca dos años más!

Carne, frescura, diablura, risa;
tiene quince años no más... ¡olé!
y anda la moza siempre de prisa
cual si a la brava pierna maciza
mil cosquilleos hiciera el pie..

Cuando a la aldea de la montaña
con otras mozas va en procesión,
su erguido porte, fascina, daña...
y más de un mozo de sangre huraña.
brinda por ella vaca y lechón.

¡Si espanta el brío, la airosa facha
de la muchacha... ¡Qué floración!
Carne bravía, pierna como hacha,
anca de bestia, brava muchacha
para las hambres de su patrón!

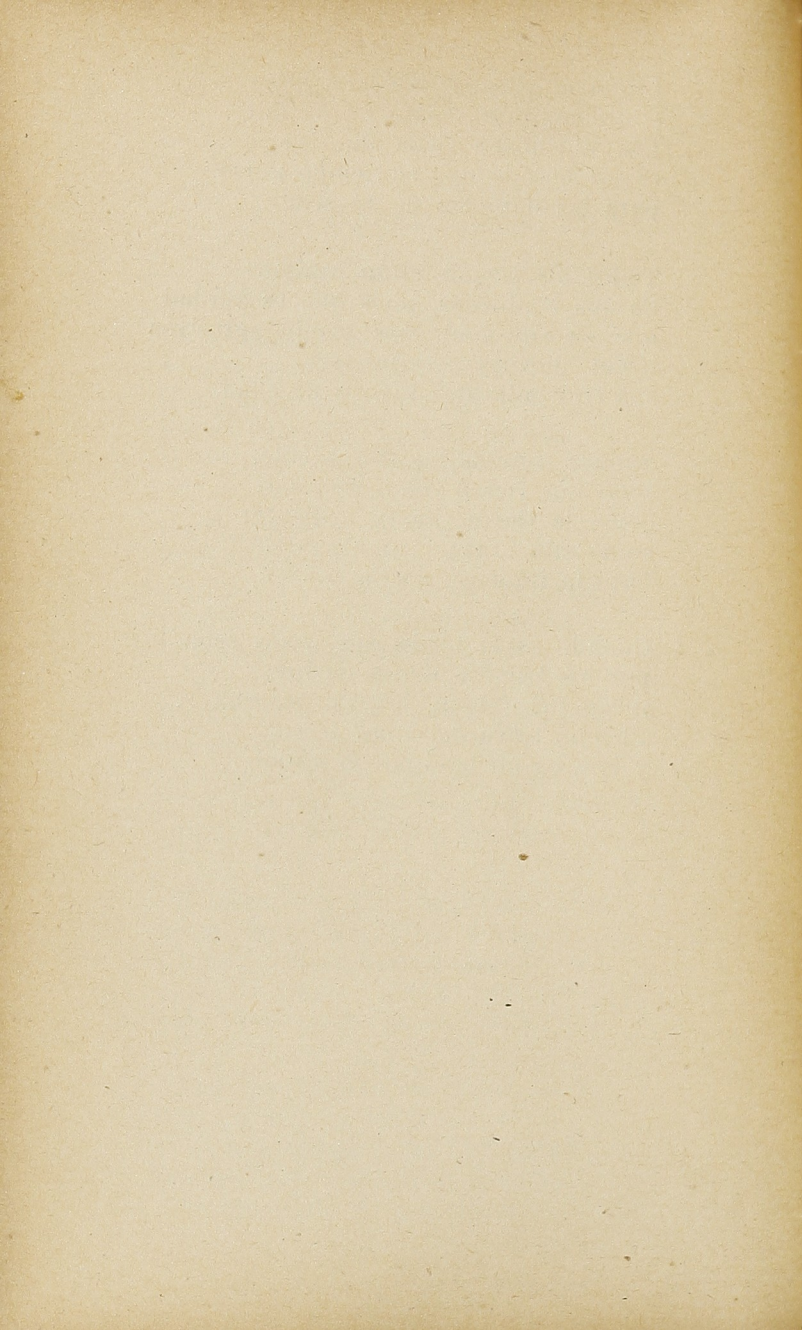
Antes que el alba su luz encienda,
sale del rancho, toma el morral
y a paso alegre cruza la hacienda
por los pingajos de la merienda,
o la merienda de un animal.

Linda muchacha, crece de prisa...
¡Cuidala, viejo, como a una flor!
Esa muchacha llena de risa
es un bocado que el tiempo guisa
para las hambres de su señor.

Todos los peones están cautivos
de sus contornos, pues que es verdad
que en sus contornos medio agresivos
tocan clarines extralascivos
sus tres gallardos lustros de edad.

Sangre fecunda, muslo potente,
seno tan fresco como una col;
como la tierra, joven, ardiente;
como ella brava y omnipotente
bajo la inmensa gloria del sol.

Cuando es la tarde, sus pasos echa
por los trigales llenos de luz;
luego las faldas, brusca, repecha...
El amo cerca del trigo acecha
y le echa un beso por el testuz...



III

El dolor...

Tarde en el hospital

Sobre el campo el agua mustia
cae fina, grácil, leve;
con el agua cae angustia;
llueve...

Y pues solo en amplia pieza,
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza,
duermo.

Pero el agua ha lloriqueado
junto a mí, cansada, leve;
despierto sobresaltado;
llueve...

Entonces, muerto de angustia,
ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso.

Nada

Era un pobre diable que siempre venía cerca de un gran pueblo donde yo vivía; joven, rubio y flaco, sucio y mal vestido, siempre cabizbajo... ¡Tal vez un perdido! Un día de invierno, lo encontraron muerto dentro de un arroyo próximo a mi huerto, varios cazadores que con sus lebreles cantando marchaban... Entre sus papeles no encontraron nada... Los jueces de turno hicieron preguntas al guardián nocturno : éste no sabía nada del extinto; ni el vecino Pérez, ni el vecino Pinto. Una chica dijo que sería un loco o algún vagabundo que comía poco, y un chusco que oía las conversaciones se tentó de risa... ¡Vaya unos simplones! Una paletada le echó el panteonero; luego lió un cigarro, se caló el sombrero y emprendió la vuelta... Tras la paletada nadie dijo nada, nadie dijo nada...

Entierro de campo

Con un cadáver a cuestras,
camino del cementerio,
meditabundos avanzan
los pobres angarilleros.

Cuatro faroles descienden
por Marga-Marga hacia el pueblo,
cuatro luces melancólicas
que hacen llorar sus reflejos;
cuatro maderos de encina,
cuatro acompañantes viejos...

Una voz cansada implora
por la eterna paz del muerto;
ruidos errantes, siluetas
de árboles foscos, siniestros.
Allá lejos, en la sombra,
el aullar de los perros
y el efímero rezongo
de los nostálgicos ecos.

Sopla el puelche. Una voz dice :
— Viene, hermano, el agüacero,
Otra voz murmura : — Hermanos,
roguemos por él, roguemos.

Calla en las faldas tortuosas
el aullar de los perros;
inmenso, extraño, desciende
sobre la noche, el silencio;

apresuran sus respuestas
los pobres angarilleros
y repite alguno : — Hermano,
ya no tarda el aguacero;
son las cuatro, el alba viene,
roguemos por él, roguemos.

Y como empieza la lluvia,
doy mi adiós a aquel entierro,
pico espuela a mi caballo
y en la montaña me interno.

Y allá en la montaña oscura
— ¿quién era? — llorando pienso :
— ¡Algún pobre diablo anónimo
que vino un día de lejos,
alguno que amó los campos,
que amó el sol, que amó el sendero
por donde se va a la vida,
por donde él, pobre labriego,
halló una tarde el olvido,
enfermo, cansado; viejo!

El organillo

A Augusto D'Halmar.

Para el dolor de los vagos
que hacen a gatas la vida,
bebiendo su vino en tragos
de un sabor casi homicida,

También hay consuelo. El pobre
suele encontrar quien lo entienda
cuando echa su cuerpo sobre
el jergón de la vivienda.

En los rezongos lejanos
de algún organillo viejo
que masca versos indianos
y polkas de estilo añejo.

Cuando al són de un aire aciago
llora, o mata su fastidio
en las espaldas de un vago
que envejeció en el presidio.

O hace vibrar la pereza
de polvorientos cantares
en la inaudita tristeza
de los versos populares.

¡Pobre peón! Sus padres idos
eran brutos y hasta idiotas,
que no hicieron otros ruidos
que el de sus toscas ojotas.

Porque el patrón, los consejos,
la huasca y el aguardiente,
se echaron sobre los viejos
brutalmente, brutalmente.

Porque la barra, el calambre
de la fatiga, o la guerra,
los echaron muertos de hambre
a lo largo de la tierra.

¡Pobre peón! En otros días
la tierra era de los viejos;
de ellos el parrón, sus guías,
las bestias, los aparejos.

Cuando la tierra era buena;
cuando no había patronos
que hicieran siembras de pena
ni vendimias de pulmones.

Cuando el amo aun no habia
echado su cuerpo sobre
la carne de la alquería
o sobre la hija del pobre.

Y cuando sobre los piques
de los rotundos faldeos
iban los viejos caciques
a contemplar los rodeos.

Y eran dueños de la tierra
del arado y la picota,
del machete y de la sierra
que rasga el árbol que brota.

¡Pobre Peón! Más tarde vino
a la aldea. (¡Adios, montaña!)
Y fué ladrón y asesino
con gente de extirpe extraña.

Y hoy es un andrajo errante
que en los quiebros de la vía
se echa sobre el caminante
y lo mata a sangre fría.

Para entrar allá en la fonda
donde el fausto de algún pillo
paga al hermano la ronda
o una polka al organillo.

O alguna mazurka ambigua,
que en una cadencia larga
cuenta una historia antigua
tan amarga, tan amarga...

Sí, al armatoste andariego
que a lo largo del camino
contó en el rancho sin fuego
la historia del inquilino.

La de ese peón presidiario,
para quien la alegre vida
fué una labor sin salario
o una batalla perdida.

Y la de todos los bravos
que por obra de las leyes
eran buenos cuando esclavos
y eran fuertes cuando bueyes.

¿No escucháis el estribillo?
el peón calla y frunce el ceño...
¡Está enfermo, el organillo
enfermo, enfermo de ensueño!

Y del pobre can que aúlla
mezcla la nostalgia inmensa
cuando en rezongos masculla
lo que el vagabundo piensa.

¡Bien se sabe el hosco pillo,
bien se sabe el perro huraño,
lo que dice el organillo
en sus canciones de antaño!

Bien lo sabe. Su agrio trino
es de un dolor sin remedio,
como el sueño, como el vino,
como el vicio, como el tedio.

Y hediendo anticuadas danzas,
deja al pasar por la vía,
andrajos de remembranzas,
hilachas de poesía...

Y sus rezongos salobres
hacen pensar en sus yerros
a las meretrices pobres
y a los nostálgicos perros.

¡Hasta un indio de Bolivia
que vende drogas y yerbas,
halla un sabor que lo alivia
en sus mazurkas acerbas!

Mientras un muchacho pobre
hunde los ojos sin brillo
en un cuadro que hay sobre
la tabla del organillo.

En el que una mancha inválida
muestra un fondo de taberna
y una bailarina escuálida
que al aire enseña la pierna.

El peón calla. ¡Ah! Esos días
están lejanos, lejanos...
El rancho, las noches frías,
las hermanas, los hermanos.

¿Nada, buen Dios? ¿Nada? Cada
són masculla : ¡nada, idiota!
La música sigue : ¡nada!
El eco salta, rebota...

¿No escucháis el estribillo?
El peón calla y frunce el ceño...
¡Está enfermo el organillo!
Enfermo, enfermo de ensueño!

El organillo lo acosa...
¿Y cómo queréis que calle
toda esa vida penosa
que a su paso no hay quién no halle?

Y el peón huye. La grosera
polka le sigue, le amarga,
mientras anda por la acera
que se estira, larga, larga...

IV

La Raza...

De vuelta de la pampa

En la apacible alegría
de este crepúsculo claro
muere santamente el día;
aquí, allá, prende una guía
o repercute un disparo.

Ya no hay carros en la rampa;
la huella se alarga; en ella
la mula su paso estampa,
y asoma una que otra estrella
cual si ansiara ver la pampa.

O pasa el peón hacia abajo
acariciando el orgullo
que naciera junto al rajo:
si él ha sido del trabajo,
el trabajo ha sido suyo.

Ya la bocina no exala
silbos, ni hay brazos suspensos
sobre combo, cuña o pala.
Inmensa paz tiende el ala
sobre los llanos inmensos...

Ya se han ido los muchachos
del convoy... Los han seguido
los robustos dicharachos,
las barretas, los capachos,
las carretas... Ya se han ido.

Sólo el bravo Pedro Ureta
no descansa : cava, suda,
rompe la llanura escueta
y sepulta su piqueta
bajo la costra nervuda.

Y en la apacible alegría
de este crepúsculo claro
va a encender la última guía,
pues que es el último día
y es el último disparo.

¡Cinco años ya de servicio!
Granja, Puntunchara, Noria...
Se hizo indiferente al vicio :
la pampa era el sacrificio
y era también la victoria.

Quiso poner a la vida
ojo de águila, de buitre;
quiso arrancar su guarida
del campo a la enarcida
pampa que esconde el salitre.

Quiso conquistar dinero
y aferrarse a vida seria;
odiaba a ese aventurero
que hedía en el mundo entero
con su vicio y su miseria...

.....

Y así pasaron cinco años
salitrosa, en la batea,
donde el agua vieja estampa
huellas agrias, o en la pampa
que calcina, que llamea...

.....
...Ahora volverá. El costrero,
cuyo rostro el sol demacra,
vuelve, y con él su **dinero**;
Hoy ya es el último día
próximo a patrón de chacra.

Hoy ya es el último día
de labor por estos llanos :
lo esperan allá, la guía
del parrón, la algarabía
de los domingos aldeanos.

Cuando van los campesinos
jinetes a la parroquia,
cuando el órgano argentino
noblemente su divino
misticismo soliloquia...

Volverá al huerto, al torrente,
al viñedo, a la montaña
donde el tronco omnipotente
desenrosca gravemente
la indefinible maraña.

.....
Allí donde la alegría
del trabajo nunca muere,
él comprará su alquería;
en pos vendrá la que un día,
será suya, si Dios quiere.

Tendrán sus cachoros sanos :
crecerán a campo lleno.
— Menmbrudos, sobrios, baquanos,
sabrán fecundar los llanos
y abocar a un potro el freno.

Para ser padres un día,
para extender la labranza
como se extiende la guía;
para ser fuerza, alegría,
prosperidad y esperanza.

Par honrar la tierra amable,
con vida fecunda, tersa;
para extirpar lo execrable
con el lema irrevocable :
« Por la razón o la fuerza ».

Y ser grandes cual los ríos;
tercos, altos como robles;
como la nevada, fríos;
como los potros, bravíos;
como la montaña, nobles.

... Así aumentará esta raza
de los rústicos Ureta,
cuyo padre, a pampa rasa,
logró fortuna no escasa
de su brazo y su barreta.

Que en cinco años de servicio,
desde Puntunchara a Noria,
puso el hombro al sacrificio;
era un hombre : venció al vicio
y hoy es suya la victoria.

Pancho y Tomás

Pancho, el hijo del labriego,
y su hermano, el buen Tomás,
serán hombrecitos luego :
Pancho será peón del riego
y su hermano, capataz.

Porque los chicos son guapos
de talladura y de piel :
viven como unos gazapos
entre un bosque hecho guiñapos
o algún llano sin dintel;

O montados en el anca,
frescachona y montaraz,
de alguna arisca potranca
que ha crecido en la barranca
sobre la avena feraz.

Son ya mozos. Pancho lleva
cumplidos veinte y un mes.
Es un mozo a toda prueba
¡no hay bestia, por terca y nueva,
que no sepa quién Pancho es!

Porque el muchacho es bravío;
rubio como es el patrón;
como él, detesta el bohío;
ama el poncho, el atavío
y usa un corvo al cinturón.

¡Ah, qué cosas las de Pancho!
¡Qué alegrote y qué feraz!
¡Cómo se alborozaba el rancho
cuando echa a una moza el gancho
en una frase mordaz!

¡Qué continente! Es el vivo
retrato del buen patrón;
como él, nervioso y activo,
gesto brusco y agresivo,
pendenciero y socarrón.

Tomás cumplió los veintiuno,
pero no es mozo de ley;
es honrado cual ninguno,
ni es pendenciero, ni es tuno;
pero es fuerte como un buey.

Y su hondo deseo fragua
una dicha que es mejor :
tener chacra, un surco de agua,
una mujer, una guagua...
¡Todo un ensueño de amor!

Ama el rancho, las faenas,
ama el rancho, la mujer...
A veces le asaltan penas,
si las tierras no son buenas,
si el agua tarda en caer.

Y así los dos muchachones
viven en juerga feliz;...
Pancho ondea a los gorriones :
Tomás canta... Sus canciones
huelen a trigo y maíz.

Pancho es alegre. Su frase
lleva el chiste y la intención;
su frase robusta nace,
y en risotadas deshace
su endiablada perversión.

Tomás, bonachón, sumiso,
monta en precoz gravedad
si Pancho horada el carrizo,
o si atrapa de improviso
fruta de ajena heredad.

Pancho corre. Tomás mira
crecer al viento la col;
Pancho, abrupto, monta en ira
si el pobre Tomás suspira
en la caída del sol...

Y en la noche, Pancho se echa
sobre el colchón de maíz.
El viejo habla de otra fecha...
Tomás lo sigue, repécha
otra edad y otro país.

.....
.....

Luego Tomás se va al lecho
y el viejo y todos en pos;
todos miran hacia el techo
y las manos en el pecho
cuentan sus penas a Dios.

Y así pasa un día, otro día,
una semana y un mes;
pasa un tiempo de alegría,
otro de melancolía
y otra alegría después.

Y pasa un año y otro año,
otro año más, y otro más...
Pancho siempre alegre, extraño;
el viejo hablando de antaño
y oyendo, absorto, Tomás.

La tierra es siempre fecunda,
duro el amo, manso el buey;
su testa meditabunda
se hunde en la huella profunda
del pastor y de su grey,

Como si eterno desdoro
le hiciera por siempre andar
en busca de algo incoloro :
una hembra, un potrero de oro
que viera en sueños pasar...

La tierra es siempre robusta;
el amo es siempre señor;
bajo la herencia vetusta,
siempre el peón bajo la fusta,
la oveja bajo el pastor.

Pancho ha crecido en la brega
como un potro, brusco, audaz;
Tomás el terruño riega...
(El amo ha dicho en la siega
que lo haría capataz).

Tomás es padre. Un año hace
què Teodora es su mujer :
un rancho, un niño que nace...
Cerca un corderín que paca...
¡Todo un ensueño de ayer!

Pancho es un mozo bizarro,
vicioso, alegre y mordaz;
gusta el licor y el cigarro...
(¡ Y hasta haría un despilfarro
por la mujer de Tomás!)

Porque ésta, que es moza guapa,
revoltosa y de intención,
a todo el mundo se atrapa;
y de sus ojos se escapa
algo como una canción.

Y por eso Pancho ronda
su rancho al anocheecer;
y cuando ella va a la fonda,
Pancho convida a una ronda
por Tomás y su mujer.

¡Ah, qué cosas las de Pancho!
El es mozo y ella es más :
los dos se tienden el gancho...
No hay en la comarca un rancho
como el rancho de Tomás!

Y mientras Tomás trabaja
Pancho llega. Y si ella ve,
vuelve el caballo, lo ataja
y hace cantar la rodaja
en la espuela de plaqué.

¡Qué garbo! El mozo es bravío,
rubio como es el patrón;
sus ojos destellan brío,
ama el poncho, el atavío
y usa corvo al cinturón.

Y su ademán que perturba,
y sus ojazos de curva;
noble, su porte, su tez,
son bellos. Su frase turba...
¡Vaya un muchachón cortés!

No es humilde su aparejo,
no es rústica su expresión,
ni es campesino el gracejo
conque se burla del viejo,
serio, brusco y socarrón.

Y como es igual al amo,
todos preguntan por qué...
¡Decid a' leño, a' retamo,
de donde ha venido el gamo
de alto cuerno y ágil pie!

El mozo entra... Afuera hay ruidos
tristones. Canta un gorrión
e imperceptibles tañidos
hablan de insectos perdidos
como ecos de una canción.

Los jilgueros revoltosos
y hasta un errabundo tríl,
cantan versos olorosos
en los troncos achacosos
o en la viña juvenil.

Allá lejos, los ganados
guía un muchacho pastor
por los potreros hastiados...
Los bosques ensimismados
beben con ansia el calor.

Y un riachuelo clandestino
se queja... Allá una perdiz...
Y lejos hay un espino
y un jilguero campesino
que se oculta en el maíz.

¡Pobre Tomás! Pancho toma
fruta de ajena heredad...
Pobre! En la vecina loma
se ha perdido una paloma...
¡Aves del bosque, llorad!

¡Nunca el agua que se estanca
junto al rancho del peñón,
borboteará en la barranca
que vió pan y leche blanca
en la mesa del peón!

La labranza y el sociego,
nunca, nunca volverán...
ni sus noches de labriego,
ni su mesa junta al fuego,
ni sus charlas junto al pan.

Todo se irá. La faena,
el rancho, la ágil mujer...
Labriegos de faz morena,
¡llorad, llorad por la pena
de Tomás y su querer!

¡Nunca el agua que se estanca
junto al rancho del peñón,
borboteará en la barranca
que vió pan y leche blanca
en la mesa del peón!

Y pasa un día, otro día,
otra semana y un mes...
La noche impasible y fría
deja su melancolía
sobre los campos en mies.

Y pasa un año y otro año;
otro año más y otro más
hallan al peón siempre huraño...
El viejo no habla de antaño,
porque ha tiempo duerme en paz.

La tierra es siempre fecunda,
duro el amo, manso el buey;
su testa meditabunda
se hunde en la huella profunda
del pastor y de su grey,

Como si olfateara el paso
de aquel alegre peón,
de aquel mozo, de aquel huaso
que usaba en la bestia el lazo
y un puñal al cinturón.

¿Donde está? Cuatro años, idos...
La guerra... Morir, matar...
Una tarde los bandidos,
de kepí y dormán vestidos,
asolaron el lugar.

Pancho se fué. Los sargentos
daban orden de partir;
iban cantando. Los vientos
repetían los lamentos
de las madres. ¡A morir!

¿Por qué la guerra? La tierra
no es de Padro, ni es de Juan.
Desde al mar hasta la sierra
el amo es dueño. A la guerra
los amos no van, no van.

Y los hombres que peleamos,
de ésta y otra patria, son
todos víctimas con amos...
Somos pobres. Nos amamos,
y peleamos en la acción.

...Pancho, el hijo del labriego
y su hermano, el buen Tomás,
llegarán a ancianos luego;
ni Pancho fué peón del labriego,
ni su hermano capataz.

Pancho es un hombre aun guapo
y hace vida de cuartel :
ama el dormán y el guiñapo;
en Tacna sostuvo el trapo
y salvó a su coronel.

Es un sargento aguerrido
y usa sable al cinturón.
El buen Tomás ha caído;
torvo, enjuto y carcomido,
ha caído en la inacción.

Y pasa un año y otro año,
otro año más, y otro más...
Tomás vive solo, huraño:
el viejo no habla de antaño
porque ha tiempo duerme en paz.

Duerme... La tierra le oculta...
Duerme Teodora... ¡Dormid!
¡Dormid que el tiempo os sepulta!
Gente pobre, vieja, inculta,
mejor es morir... ¡Morid!

La noche, la sombra, el frío,
la torrentera, el peñón
donde envejece el bohío...
la queja eterna del río,
la montaña en oración.

¡Todo le habla! Tomás llora...
Junto a la vieja heredad,
la casa en que el amo mora,
se alza. Su provocadora
techumbre suda crueldad...

Las ruinas de hoscas tapiales
se enfantasman... Un torreón
canta diez golpes iguales :
los profundos morrales
prestan extraña atención

Duerme el viejo... ¡También ella!
Ella, el hijo, su niñez;
Tomás llora. Allá una estrella...
¿Cuándo hallar la dicha, aquella?
El viento sopla : después...

Alma chilena

La inmensa ciudad, el puerto,
el que hecha hombres, trigo, granza
a la Europa o al desierto;
la inmensa ciudad, el puerto,
descansa.

Descansa su mar, su informe
movimiento, sus herrajes,
su humo, su alcohol, su enorme
carne, su alma multiforme,
sus músculos, sus blindajes...

Sus lancheros de ágil ojo,
su alba miss que es un querube,
los principes del despojo
y el romántico archiflojo
que con su hambre hasta Dios sube.

Descansa. Y en los opacos
focos de luz se acentúa;
surgen ladrones, bellacos,
y es junto a rumas y sacos
fantasma enorme la grúa.

Fantasma que alza la testa
de acero, junto a la carga,
y que parece ahí, enhiesta,
tener una idea puesta,
negra y honda, sabia y larga.

Viento sordo va y se asombra
ante los sueños de un faro,
y en pos de algo que se escombra
vaga, embozado en la sombra,
como un noctámbulo raro.

Para merodear en torno
de dos barcos alemanes
que han sufrido agrio bochorno
buscando por Cabo de Horno
el canal de Magallanes.

Descansa la ciudad... Brilla
la luz eléctrica, mana
tristeza, llora en la orilla;
en lo alto de una capilla
se lamenta una campana...

Y ensimismado, indolente,
próximo a acabar el turno,
estúpido, indiferente,
piensa en todo vagamente
el pobre guardián nocturno.

La inmensa ciudad condensa
su vida, ahonda en sí misma
y bajo la noche inmensa
se reconcentra, comienza
a meditar y se abisma.

Todo calla, todo calla...
Sólo desde el mar, del dique
llega un resplandor de hornalla
y redobla la metralla
del martillo junto al pique.

Y vense chirpas de fragua
sobre la curva de un dombo,
y en un barcazo, el « Oyagua »,
se asusta y se crispa el agua
por los golpazos del combo.

Son los trabajos del dique...
Es el formidable cántico,
el clarinazo, el repique
del martillo junto al pique
en que se halla el trasatlántico.

Son los maestros de fragua,
mecánicos que, aptos, sobre
la hosca herida del « Oyagua »
retan frío, fuego y agua
con sus músculos de cobre.

Son los rotos de alto rango.
Son ¿de dónde? Nadie sabe :
uno recuerda que en Tango
hundió el cuchillo hasta el mango
por cierto asuntillo grave...

Ahí está el « nariz de luma »
que hoy es templo de la Ulalia.
¿Y ese rubiote que fuma?
— Fué el hijo de un bichicuma
que importaron de la Australia.

.....

Y Austin, un viejo que encanta,
padre de siete gandules,
que como eran de « emigranta »
fueron de mirada santa
y de ojos hondamente azules.

Y Sancho, un hombre que alienta
carne y que en carne desborda
y de quien alguno cuenta
que hace sudar « al de treinta » (1)
y aun engorda.

John Pencil, pintor mestizo
que traza siempre en el dique,
siempre un cuadro : un mar cobrizo,
dos barcas, Prat en Iquique,
inaudito, hōsco, macizo.

.....

Todos temple de machete.
Cada uno es un buen muchacho
con el buen humor de siete,
que arroja como un cohete
la pulla o el dicharacho.

Que ríe con alborozo
que atruena martillo y fragua,
como ahora ante el sabroso
poema de risa y gozo
que alguien contó en el « Oyagua ».

.....

El caso es que en él venía
un vasco de alma canora;
venía a Chile; pondría
gran taller ; en compañía!
—¿De quién? — Pues, de la « zeñora »...

Su mujer, que ya traía,
sus niños tendrían casa.
¡De pensar esto, reía!
El agente, allá, decía
que esta tierra era « buenaza »...

(1) Martillo de 30 kilos.

El buen vasco de esta historia
bajó a tierra en Punta Arenas.
— ¡Qué voy y vuelvo, Gregoria!
Y en pos un grito de gloria :
— ¡A ver las tierras chilenas!

Ya no las vió más. ¡ Maldita
testa! Después de la copa
regresó, tomó el « Orita »
que se iba... ¡Cosa inaudita!
Hoy el vasco vuelve a Europa.

¡Santo Dios! Potente, cara,
como un toque de rebato;
cristalina, alegre, clara
como jamás resonara,
la risa acogió el relato.

Una carcajada impía
de ondas claramente bellas,
que robusta, alta, bravía,
se extendió por la bahía
y ascendió hasta las estrellas...

.....

Y un hombre de cara larga,
famoso por lengua suelta,
secreteó esta pulla amarga :
— ¡Un viaje de retrocarga!
¡Emigración de ida y vuelta!

Reíase con estruendo,
como ríen los ladinos
huasos, como canta riendo
el borbollón que corriendo
va en los ríos colchagüinos...

Como un mozo tardo al lloro
que un amorío recuerde,
o a un chascarro haga coro;
como ríe un campo verde
cuando del sol le cae oro...

Con la alegría que ofrenda
el blanco de los pehuales
o el poncho que huele a hacienda;
con la alegría estupenda
de los bailes nacionales.

Como el mozo que galopa
y a la novia, en los aldeanos
deslindes, cantando, topa;
como el tril en la alta copa
de los coihues araucanos.

Con esa potancia augusta
que boca y ánimo llena
y donde, a saltos, se ajusta
la espontaneidad robusta
de la alegría chilena.

Alegría que es ensueño,
olor de campo, batida
de tambor, grito zahareño,
carga, combate tacneño
sol, carne, explosión de vida.

Se reía... Mas de pronto,
Pancho interrumpió el trabajo :
— ¿Y la mujer? Era tonto
reír. La pobre era el monto
de esa risa tan de abajo....

... ¿Y la mujer? ¿No han sabido?
¡Pobre! Llegó en el « Oyagua ».
Sus muchachos han salido
a mendigar... Nadie ha oído,
y hoy mueren aquí a pan y agua.

.....
.....
No posee sino andrajos
y las marcas de una histeria
que brotó de agrios trabajos;
ni más bien, que sus zancajos,
su vejez y su miseria.

Anda ahí entre los barullos
del donke; las barcarolas
lejanas le hacen arrullos,
los nostálgicos murmullos
de las vagabundas olas...

Y arrastra ahí, paso a paso,
por la hosca playa chilena,
un dialecto oscuro, craso,
que ni por doliente acaso
mueve a penas.

Condenada a la ironía
de revelar sus sollozos
al que pasó por la vía,
con sus ojuelos llorosos
que sudan melancolía.

.....
.....
.....
Callaban todos. Soñaba
el mar; dejando su estela,
melancólico llegaba
el alerta que lloraba
un lejano centinela.

Callaban todos. El viejo
bajaba la venerable
barba, con cansado dejo;
en cada hombrote o truhanejo
hubo un gesto lamentable.

Afuera la noche inmensa,
la estrella inmóvil, pasiva,
que tristeza y luz condensa;
la noche que acoje arriba
lo que abajo el hombre piensa.

Y en un letargo de muerte
que aun no rompía acre diana,
misterioso, enorme, inerte,
agrandaba su extrahumana
sombra, el histórico fuerte.

Hablada Austin. — Güeno, ahora
¿por qué, hermanos, no ayüarla?
Pensaban todos. (La aurora
venía ya). Arrulladora
fué atristándose la charla.

Callaban. En cada uno
surgía una inmensa pena,
pena honda que, a más de alguno,
llorar hizo. Hasta el más tuno
sintió que su alma era buena.

.....

Ya reir era desdoro...
Un soplo brusco, deshecho,
de compasión, piedad, lloro,
tremolaba en cada pecho
sus melodías de oro.

Eran todos generosos.
Ellos daban sin consejos
calma a penas y sollozos.
Lloraban algunos mozos,
pensaban ya los más viejos.

.....
Y Austin, ya chocho, maltrecho,
meditaba. Hasta su vida
la daría... El, daba a lo hecho
su mesa del cerro, e' techo
del viejo hogar, su comida.

¿Importaba un pan? ¿Acaso
no era hermano el desvalido?
Brazo de pobre era brazo
de Juan, de Pedro, si al paso
había un pobre caído.

Y era del mar, de la sierra
si la suerte era reacia;
de la patria allá en la guerra;
en paz, era de la tierra
y del pobre en la desgracia.

Que, desde Ercilla a hoy, caso
no hay de aventuras o exodos
en que, misérrimo o craso,
el pan del indio o del huaso
dejara de ser de todos.

V

El relieve...

(SAN IGNACIO, POETA Y CONFESOR, *fué la última composición escrita por Pezoa Véliz. Ella nació en el hospital, una clara tarde de intimidad, en la que Leonardo Pena, a raíz de leerle algunos acápices de su libro impublicado, La Piedad del ensueño, le expuso largamente el tumulto agitado y comovido de su alma, rica, en ese entonces, de un ardiente porvenir*).

San Ignacio, poeta y confesor

San Ignacio de Loyola, con su fama laudatoria,
no ha querido ni otro santo de su nombre, ni otra gloria,
y aureolada de leyendas su jesuítica aureola,
vaga sola por el mundo. ¡San Ignacio de Loyola!

Pero orgullos celestiales por orgullo nada valen,
y hoy he oído claramente : *San Ignacio Pérez Kallens*,
entre el claro canturreo de unos místicos raudales
que hace siglos en el monte rezan cosas celestiales.

San Ignacio, padre exelso, protector de la azucena,
fué en el mundo el visionario de la luz Leonardo Pena;
las hormigas microscópicas del dijeron todas que era
una alondra inverosímil, una cosa majadera.

Pero arriba, donde tales insectillos nunca salen,
claramente se oye al alba : San Ignacio Pérez Kallens!
y la voz que ruega es clara como un roce de cristales,
voz de riacho que desciende por los agrios peñascales.

San Ignacio Pérez Kallens dice misa a una hora bella;
por la tarde melancólica él comulga alguna estrella
que contiene el cuerpo y sangre de eucarística pureza
del beatísimo Universo, de la gran Naturaleza.

El confiesa bajo un árbol, y ahí al sol, al agua, al viento;
se confiesan árbol y agua con igual recojimiento.
¡Cuántas culpas! Hay riachuelo que es la imagen de lo
[bueno
y que oculta allá en el fondo mucho cieno, mucho cieno...

¡Ah, qué cosas no ha sabido! La volúbil mariposa que se posa en una rosa y habla en verso con la rosa; los remansos perezosos que descansan desde antaño con escándalo de todos... ¡No es vida ésa la de hogaño! ¡Ay, qué cosas, Dios eterno! Si hasta el rayo de la luna ya se ha dado un beso casto con la apática laguna.

Las ortigas y los cardos, que hacen chismes y urden
[tramas
y que gastan burdos chistes en punzantes epigramas;
los lagartos inactivos, bebedores de sol acre;
las arañas agoreras que sólo hablan de masacre;
el arroyo que murmura sordamente, con la pausa
que le es propia ; todo el año! sin haber motivo o causa...

¡Para qué hablo de los ecos, de los ruidos y murmurios!
cazadores de misterios, de tristezas y de augurios!
Rondadores officiosos que hasta ruegos han traído
de las razas ya difuntas, de los hombres que se han ido;
de esas almas sin amparo a que rezan las abuelas,
que hoy recuerdan dos caminos, una cruz y cuatro velas;
y más que otros, de esos cuatro que murieron en el banco,
cuatro meses después de eso, del salteo en Tabolanco,
del ultraje a aquellas pobres que darán a luz mañana
pobres hijos del espanto con la horrible bestia humana...

¡Y las grandes cordilleras de los Andes! Profanaron
el otoño y el invierno. ¡Cuántos hombres no tragaron
el horror de sus abismos, el horror de sus barrancos!
¡ Y tan puros y tan albos y tan hondos y tan blancos!

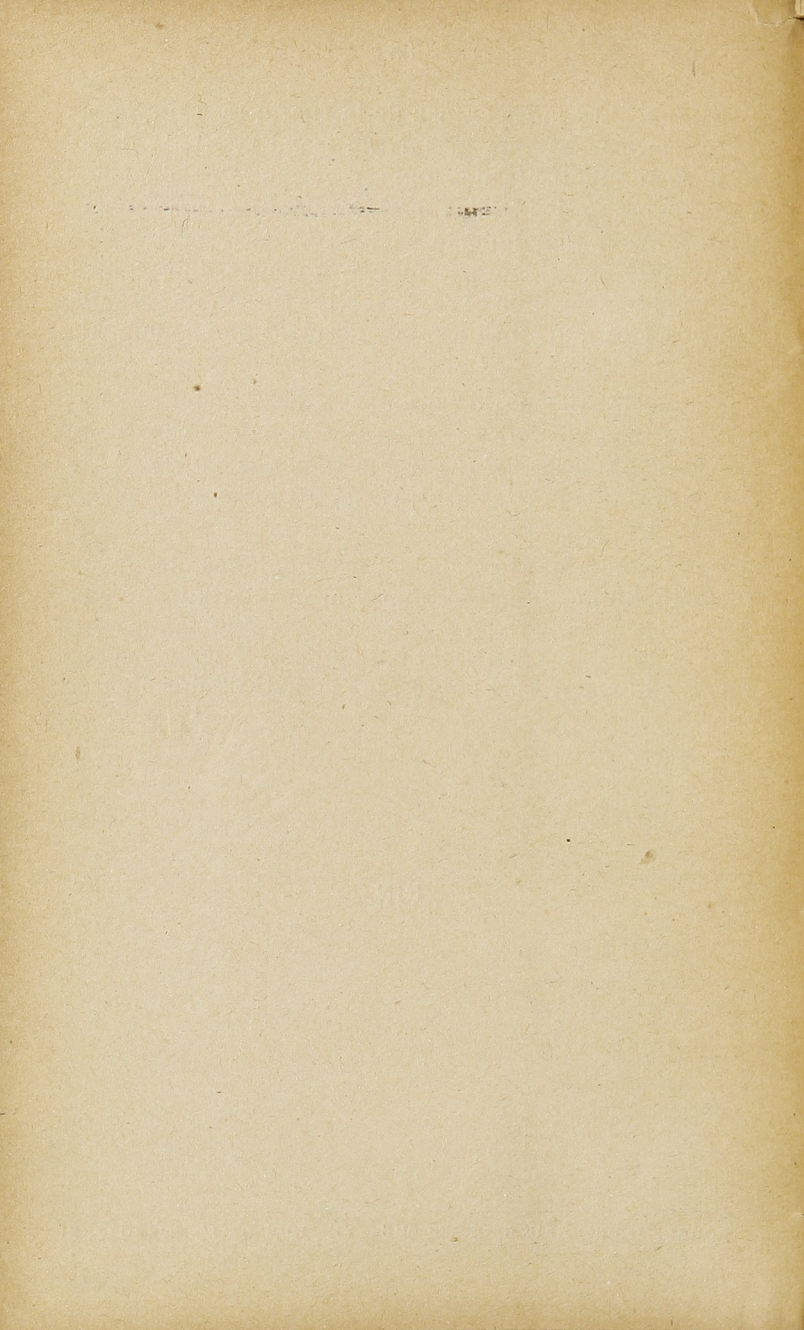
San Ignacio, que bien sabe somos cieno, barro, polvo,
da a esta turba pecadora su divino *Ego te absolvo*.
¡Qué le hacéis! Los ama a todos : al buen árbol achacoso
porque es viejo venerable, y aun al viento porque es mozo.

San Ignacio es la esperanza de la fuerte raza nueva,
pues, perdón, estigma y alma su traquila frente lleva;
es hermano de los tristes que atraviesan 'a existencia
y es hermano de los ^{fuertes.} ~~tristes que atraviesan la existencia~~ ^{San Ignacio es la inteligencia.}
;San Ignacio, San Ignacio, visionario del espacio,
vagabundo de la sombra, monge inmenso, San Ignacio!
Ruega al trueno, pide al rayo, si ellos fuesen dioses, amos,
por nosotros que sentimos, por nosotros que soñamos!

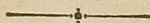
San Ignacio, visionario de antes, y hoy, Leonardo Pena,
ruega a Dios por todos : ruega por la pálida azucena;
por los débiles, las aves; ruega a Dios por las violetas
y aun más que por las aves, ruega a Dios por los poetas.

Ruega cuando más te escuchen las montañas ateridas;
canta tu himno inmenso, que a él despierten aun las
[águilas dormidas,
y en el éxtasias, ya cuando te bendigan y bendigas,
ruega a Dios por esas pobres, las flemáticas hormigas...

FIN



INDICE



<i>En la Caída de las Hojas</i>	5
LA EDAD <i>Cosa pasada</i>	15
<i>Reiré</i>	17
<i>A la criada</i>	18
<i>El pintor Pereza</i>	19
LAS VERTIENTES <i>Geórgica</i>	25
<i>Égloga</i>	26
<i>Fecundidad</i>	27
<i>En la poda</i>	29
<i>Los pájaros</i>	31
<i>El tren</i>	34
<i>Teodorinda</i>	38
EL DOLOR <i>Tarde en el hospital</i>	43
<i>Nada</i>	44
<i>Entierro de campo</i>	45
<i>El organillo</i>	47
LA RAZA <i>De vuelta de la pampa</i>	55
<i>Pancho y Tomás</i>	59
<i>Alma Chilena</i>	69
EL RELIEVE <i>San Ignacio, poeta y con-</i> <i>fessor</i>	81

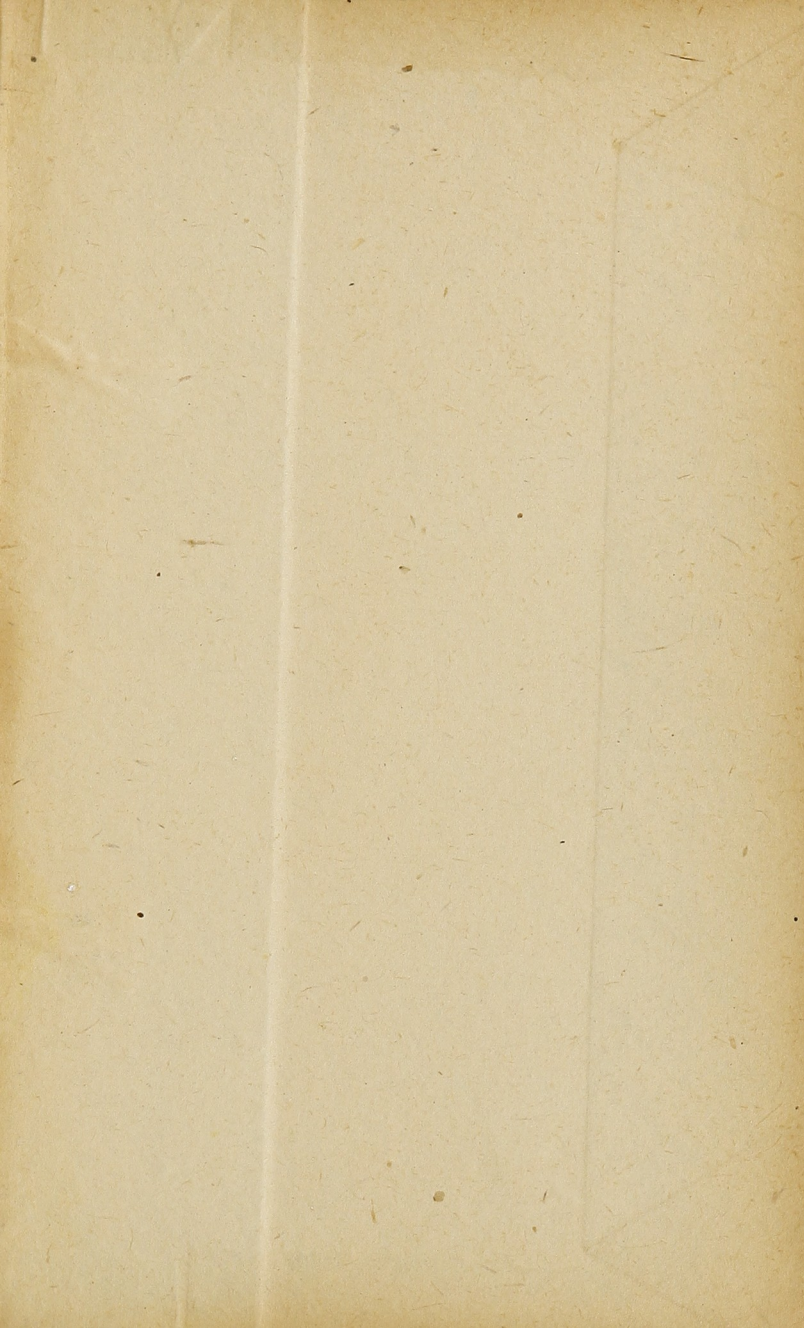
BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE
SECCION ADQUISICIONES BIBLIOGRAFICAS

04 FEB 2015

COMPRA







Biblioteca Nacional



558121